

# Históricas Digital

Miguel León-Portilla

“Futuros del pasado”

p. 13-27

*El historiador frente a la historia*

*El tiempo en Mesoamérica*

Virginia Guedea (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2004

236 + [XII] p.

Ilustraciones

(Serie Divulgación 5)

ISBN 970-32-1871-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/428/historiador\\_mesoamerica.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/428/historiador_mesoamerica.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## FUTUROS DEL PASADO

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Se me ha pedido iniciar este ciclo de conferencias sobre “El tiempo en Mesoamérica”. Si creemos tener una idea de lo que fue Mesoamérica, incluyendo las transformaciones que experimentó a lo largo de su evolución cultural, en cambio no nos resulta claro lo que significa y abarca el otro concepto que aparece en el título. Me refiero al complejo de connotaciones comprendidas por el concepto de *tiempo*. Por eso, y aun a riesgo de meterme en embrollos, comenzaré con una reflexión acerca del tiempo. Los peces no saben que viven en el agua. Muchos seres humanos tampoco se dan cuenta, no han reflexionado detenidamente, acerca del hecho de que viven en el tiempo.

¿Qué significa existir en el tiempo? Citando a San Agustín, recordaré lo que decía acerca de esto: “¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé, pero si quiero explicárselo al que me interroga, entonces no lo sé.” El tema del tiempo ha sido y sigue siendo objeto de innumerables elucubraciones desde las más variadas perspectivas. Ha sido enfocado desde las miras de la filosofía, la psicología, la biología, la geología, la astronomía y, por supuesto, también de la historia. Sería temerario intentar aquí la formulación de una teoría acerca de lo que significa existir en el tiempo. Por ello me limitaré a un acercamiento calificable de metafórico.

Pensaré en la existencia como una realidad en sí. Ahora bien, hallarse en el tiempo es aproximarse a la existencia como una tangente toca a una circunferencia en movimiento, es decir en un punto siempre cambiante. El ser humano es en verdad paradójico. Contempla muchas cosas que lo rodean y que le parecen estables,



no sujetas a cambio alguno. Miras un monumento, un palacio, una escultura en mármol o en metal y piensas que allí están sin cambiar. Sabes que, si durante una semana o un mes no las contemplas, cuando vuelvas a donde se encuentran, allí estarán. Te parecerá que no han cambiado. Algo semejante podría decirse de otro género de creaciones, entre ellas determinados ordenamientos conceptuales. Un ejemplo sería el derecho romano que se nos presenta como un *corpus* de significación perenne.

Y, sin embargo, las edificaciones, los monumentos, aunque sean de bronce o mármol, cambian, sólo que a un ritmo más lento que el de nuestro propio ser de humanos. Si pudiéramos volver doscientos años o más tiempo después al mismo lugar donde se yergue un palacio que ha sido cerrado para evitar cualquier alteración, encontraríamos que habría sufrido lo que vulgarmente decimos “el paso del tiempo”. Muy probablemente sus techos se habrían derrumbado y muchos de sus interiores y exteriores estarían alterados. Y si pudiéramos regresar a ese lugar miles de años más tarde, nada o casi nada encontraríamos de lo que allí había existido. El curso inexorable de los soles todo lo cambia y, a la postre, lo aniquila.

En Mesoamérica tenemos ejemplos patentes de lo que ha sido el paso del tiempo. Las ciudades prehispánicas, con sus templos y palacios, pinturas e inscripciones, con el transcurrir de los siglos llegaron a quedar medio derruidas, sepultadas y cubiertas por la maleza. Basta recordar que esto ocurrió en Teotihuacan y en la gran pirámide de Cholula, en el Tajín y en los muchos centros del mundo maya y del altiplano.

Y también los ordenamientos conceptuales se alteran, aunque de modos diferentes, porque las distintas comprensiones que se van teniendo de ellos con el paso del tiempo no son ya iguales. Los conceptos mismos van adquiriendo nuevas connotaciones y, por consiguiente, los textos paralelamente adquieren significados distintos.

En realidad, como bien lo percibió Heráclito, *panta rei*, todo cambia. Y, como también lo reiteró, nunca podremos entrar dos veces en el mismo río. Sin embargo, la conciencia humana, bien sea que se dé cuenta o no de que existir en el tiempo es estar en un universo que de continuo cambia de todo en cuanto a todo, posee un atributo muy peculiar que justamente es el que hace posible la

historia. La conciencia humana puede abarcar duraciones de tiempo. Gracias a ello puede situarse en el mundo, dirigir su acción, volver su mirada al pasado, captar su presente y atisbar el porvenir. Ahora bien, precisamente a lo largo del tiempo, diferentes culturas han desarrollado diversas concepciones relacionadas con el existir en el tiempo. Ello trajo consigo la aparición de sistemas para medir el tiempo y enmarcar así duraciones en el pasado, captar el presente y atisbar el futuro. De este modo se han ido forjando los distintos sistemas calendáricos.

Los cómputos del tiempo se han concebido casi siempre en función de fenómenos naturales. El hecho de que la naturaleza nos muestra la recurrencia de muchos acontecimientos ha sido probablemente la causa principal de que en muchas culturas se han estructurado concepciones cíclicas del tiempo. En ellas se piensa que lo que ha ocurrido volverá a suceder. Hoy mismo en la India y en otros lugares perduran concepciones cíclicas del tiempo. En cambio, sobre todo en el ámbito de la cultura occidental, y por influencia del pensamiento bíblico, se concibe el tiempo como irreversible, con un principio y un fin. Según la Biblia, el principio estuvo en la creación y el término en el acabamiento de todo con el juicio final.

Implícita o concientemente el ser humano acomoda su existencia a su realidad temporal. Llega incluso a persuadirse de que mucho de lo que está a su alrededor o no cambia o muy poco o muy lentamente. Su capacidad de percibir duraciones le da confianza en sí mismo hasta el grado de que parece olvidarse que sólo existe en un presente siempre cambiante. Si nos asomamos al universo de la historia, entendido éste como el conjunto de concepciones que se han desarrollado acerca del conocimiento de acontecimientos en el pasado y asimismo sobre lo que acerca de ese pasado se ha inquirido, veremos que, a pesar de todos los pesares, el hombre, que existe en un momento siempre cambiante, es capaz de atisbar de muchas formas los tiempos pretéritos en su afán de comprensión.

Desde tiempos remotos, *in illo tempore*, como a veces se ha dicho, el ser humano ha querido conocer acerca de sus orígenes y de lo que, antes de que él existiera, había ocurrido en el mundo. El universo de los mitos se fue así formando con incontables variantes en las distintas culturas. Los mitos son relatos arquetípicos sobre



acontecere primordiales con los que se ha querido explicar lo que de otra forma sería incomprendible. La aparición de la historia fue más tardía. Implicó ella nuevos modos de dirigir la mirada hacia distintas duraciones del tiempo en el pasado.

No nació de golpe la historia. Clío, la musa que la dio a luz, lejos de precipitarse, siempre ha procedido con calma. ¿Qué implica hacer historia? La repuesta de los griegos es que hacer historia, *historein*, es “inquirir, investigar”, pues éste es el significado de dicho verbo. Esto tan sólo comenzó a ocurrir menos de mil años antes de la era cristiana. Por una parte, en sus pesquisas el ser humano nunca podrá abarcar la plenitud de lo ocurrido en los tiempos pretéritos. Ni siquiera es ello posible respecto de lo acontecido en un espacio determinado, aun cuando éste sea bastante restringido. Por otra parte, tampoco ha interesado al ser humano abarcar indistintamente los aconteceres del pasado. A cada uno atraen determinados aconteceres. A ellos y no a otros enfocará entonces su mirada. Hacer historia exige, por consiguiente, tener que escoger en el vasto universo del pasado. Pero como el pasado en sí mismo no se encuentra como tal en el presente del ser humano, éste tiene que intentar la atrevida proeza de encontrarse con el pasado sin poder salir jamás de su presente.

Significa esto que la búsqueda del pasado tendrá que hacerse siempre desde distintos presentes, todos, en cuanto tales, cambiantes. En esos presentes el ser humano habrá de buscar lo que queda del pasado y que obviamente no es ya idéntico a lo que fue en sí el dicho pasado. Verdad de Perogrullo será decir que entre lo que queda de cualquier pasado están los restos arqueológicos, los monumentos, tradiciones orales, inscripciones y diversos géneros de documentos. Todo ello, conviene reiterarlo, se le presentará a quien quiera hacer historia en su presente, de muchas formas alterado puesto que no es ya el pasado en sí mismo sino sólo algunas reliquias de él.

En función de todo esto, los que se han empeñado en hacer historia, apoyándose en los cómputos calendáricos desarrollados en su propia cultura, han concebido diversas formas de duración, algunas muy amplias y otras medianas o pequeñas. Haciendo una especie de trampa, puesto que el tiempo es un *continuum* siempre cambiante, quien hace oficio de historiador ha establecido perio-



dos para situar en ellos lo que quiere investigar. Ya Juan Bautista Vico, reflexionando acerca de esto, habló de distintos tiempos, el de los dioses, el de los héroes y el de los hombres. Consecuentemente, tenían que ser también diferentes los enfoques críticos que debían adoptarse respecto de lo que pudiera conocerse a propósito de cada uno de esos distintos tiempos.

### *Concepción maya del tiempo y la historia*

En Mesoamérica, para acercarnos ya a nuestro tema, los mayas que habían desarrollado admirables cómputos del tiempo, además de hablar de distintas edades cósmicas, fueron situando los acontecimientos que mucho les interesaban en sus cuentas de los *katunes* o veintenas de años, pero sin distinguir, como lo hizo Vico, en tiempos de los dioses, de los héroes y los hombres. Para los mayas esos tiempos guardaban tan estrecha relación que podían considerarse unificados. Al igual que otros mesoamericanos, como los nahuas y mixtecos, concibieron los mayas el tiempo, en conjunción con el espacio, como un escenario cambiante en el que de muchas formas actuaban los seres humanos y asimismo sus dioses. Éstos presidían allí los diferentes periodos y momentos de tiempo. Ello acontecía no al azar sino con el rigor matemático de sus cómputos calendáricos.

Los dioses patronos de cada periodo —días, trecenas y veintenas de días, años, trecenas y veintenas de años y otros muchos periodos hasta llegar a los soles o edades cósmicas— eran siempre portadores de destinos propicios o adversos. Como podría suponerse, en función de esta persuasión hondamente arraigada en su visión del mundo, sus sacerdotes y sabios se empeñaron en descubrir cuáles eran los destinos que cada periodo de tiempo traía consigo al mundo. Concentrando su atención en el pasado, inquirían sin cesar en las que representaron como cargas de destinos aportados por los dioses, en busca de sus significaciones no sólo para ese pasado sino también para el presente y eventualmente el futuro. Llegaron así a situarse a sí mismos en un universo en el que el pasado —dado además el carácter cíclico atribuido por ellos al tiempo— podía conducir a entrever los futuros del mismo pasado.

Tal concepción del tiempo, siempre expresada con el rigor de sus cálculos calendáricos, podemos hoy estudiarla y conocerla. En tal sentido podemos afirmar que el pasado de los mayas ha tenido futuros, no sólo de grande interés para ellos sino que han llegado hasta nosotros, tornándosenos presentes y que además perdurarán en el porvenir. De todo esto hay amplia evidencia en sus inscripciones y monumentos. En ellos se buscaron futuros como el de perpetuar el recuerdo de sus gobernantes, vincular a éstos con el universo de los dioses y establecer así un carácter sagrado en las dinastías. Hoy, en nuestro presente, esas inscripciones en piedra, en vasos de cerámica, en papel de amate o en la piel de sus códices, y también después en textos transvasados al alfabeto, al aportarnos el recuerdo de ese pasado han llegado a ser fuente y testimonio para los historiadores mayistas. Los futuros de ese pasado incluyen así su transformación en testimonios literarios o aun, por su iconografía, en destellos de lo que hoy calificamos de un arte extraordinario.

Grande es el universo de las inscripciones y otros monumentos mayas. Escasos son, en cambio, sus antiguos códices, de los que sólo han quedado con certeza tres. En compensación, son más numerosos los vasos de cerámica con escenas policromadas y textos glíficos que bien pueden llamarse pequeños códices en barro. Y de las recordaciones mayas que se transfirieron a un soporte muy distinto consumada la invasión europea tenemos textos como los del *Popol Vuh* y los libros de *Chilam Balam*. Claro que, una vez más, el futuro, que para nosotros es hoy presente del pasado maya, ha implicado cambios que dificultan la captación del mensaje original. Sin embargo, más allá de las dificultades epistémicas que esto conlleva, es algo lo que podemos conocer acerca de la concepción maya del tiempo y la historia. Como sumariamente trataré de mostrarlo, se nos abre allí un campo en verdad fascinante que puede revelarnos insospechadas formas de comprensión.

Existe en las lenguas mayenses un vocablo que expresa un concepto de trascendental importancia en el contexto del que estamos tratando. Ese vocablo es *k'inh* cuyas connotaciones comprenden las ideas de “sol, día, edad cósmica, fiesta, tiempo, destino”. En náhuatl *tonalli* es el equivalente del vocablo *k'inh*. *Tonalli* significa también “día, luz y calor, sol, edad cósmica, fiesta y destino”. Recordaré que

también en zapoteco existe otra palabra con parecidas connotaciones. Ella es *piye*. Y si hurgáramos en otras lenguas mesoamericanas es casi seguro que encontraríamos vocablos equivalentes, expresión de esa constelación de significados. En esto tenemos otra prueba más de la básica unidad cultural de Mesoamérica.

Conviene ahondar un poco en la significación de *k'inh*. Denota él primordialmente el ámbito temporal al que de continuo hace existir la deidad solar *K'inich Ahau*, el Señor del rostro del Sol, a quien no pocos textos identifican con el supremo *Ahau Itzamná*. En ese ámbito temporal, que no es otra cosa que el tiempo, actúa el Sol, y en él van sucediéndose las edades cósmicas, grandes periodos llamados “Soles”, y también todos los distintos ciclos compuestos de días. Allí, en ese universo sagrado, se tornan presentes los dioses de los diferentes periodos de tiempo, de los que ya hablé, portadores de cargas con sus destinos propicios y adversos. No pocas inscripciones en monumentos mayas aparecen acompañadas de las efigies de esos dioses del tiempo con sus cargas que, con ritmo y medida, van haciendo su entrada en el mundo de los seres humanos. El mundo recibe esas presencias en sucesión que nunca termina.

Los rostros de los dioses-periodos se orientan sucesivamente hacia los cuatro grandes cuadrantes o sectores del mundo. El espacio y todo lo que en él existe —seres humanos, animales, plantas— adquieren sentido por obra de los ciclos de *k'inh*, sol-tiempo, día-fiesta y destino. A los sacerdotes y sabios, conocidos como los *ah k'inob*, “los del sol y del tiempo”, correspondía inquirir y declarar al pueblo algo de los misterios inherentes a las diferentes deidades-periodos del universo de *k'inh*. Ello los llevó a dos formas principales de actuación. Una fue la de determinar cuándo, dónde y cómo debía rendirse culto a las distintas deidades, según los periodos cíclicos de sus presencias en el espacio sagrado. La otra forma de actuación consistió en hurgar en la historia de ese universo concebido como ámbito temporal, cíclico y escenario a la vez siempre cambiante en el que todo está concatenado a los destinos aportados por los dioses.

En sus pesquisas, los *ah k'inob*, “los del sol y del tiempo”, inquiriendo siempre en función de sus cómputos calendáricos y astrológicos —los *haab*, años y el *tzolk'inh*, cuenta de los días— buscaron





sobre todo descubrir los futuros de su presente y de los aconteceres pretéritos que tenían como de mayor importancia. Sus inscripciones en monumentos aportan muchos testimonios de esto. Las vidas de los gobernantes mayas, sus nacimientos y muertes, sus proezas y linajes, se relacionan con el universo de los dioses y se presentan a la vez como paradigmas que habrán de perdurar omnipresentes en el futuro. Y a la vez el registro de lo que ocurre en los distintos momentos del tiempo se tiene como recurrencia cíclica de un pasado que volverá a actualizarse, tal vez con matices diferentes, en un nuevo futuro.

Todo esto que nos ha revelado el desciframiento parcial de las inscripciones llevado a cabo durante las últimas décadas, muestra que, sobre todo a lo largo del periodo clásico maya (siglos III-X d. C), su concepción de una historia cósmica, divina y humana a la vez, se desarrolló aferrada a su pensamiento acerca del tiempo. En estrecha relación con éste se recordaron y situaron innumerables hechos del pasado para develar su significación en el futuro. Más tarde, después ya del periodo clásico, cuando cayó en desuso la llamada cuenta larga de los mayas, no por eso hicieron éstos a un lado su arraigada concepción del tiempo y la historia.

Ella perduró hasta mucho después de la Conquista española. Una prueba la ofrecen los que se conocen como libros de los sacerdotes *chilamob*. Lo que ellos expresan en escritura alfabética, adaptada para representar los fonemas del maya yucateco, guarda estrecha semejanza con las inscripciones y el contenido de los códices que se conservan. Podría citar, si precisamente el tiempo me lo permitiera, textos de algunos de sus libros, como los de Chumayel o Tizimín. En los mismos se percibe con claridad que el hilo no se rompió. La antigua sabiduría acerca de los cómputos del tiempo y los destinos humanos perduró viva y aún subsiste hoy en el alma de los mayas.

En esos libros encontramos registros de aconteceres, en medio a veces de expresiones de asombro y de profecía. Lo que ha ocurrido ilumina al presente. Pero éste también podrá comprenderse mejor atendiendo a lo que está por suceder. Y ese futuro, a su vez, al ser entrevisto, se concatena con las cargas de los destinos en los ciclos inexorables del tiempo. Los futuros del pasado con frecuen-



cia se enuncian en secuencias textuales de tonos dramáticos que hablan de destrucciones y muerte y asimismo de restauraciones y vida. Para quienes hoy nos interesamos en la historia como investigación y también como relato, los sacerdotes mayas, aquellos *ah k'inob*, “del sol y del tiempo” nos dejaron en su propio pasado la semilla de un pensamiento capaz de reflorar en tiempos futuros, uno de ellos el que es hoy nuestro presente. Así, tratando de asomarnos desde éste a su realidad pretérita, podemos balbucir algo precisamente acerca de los futuros de su pasado.

### *Los porvenires que forjó Mesoamérica*

Decía yo al principio que tenemos una cierta idea de lo que fue Mesoamérica, incluyendo las transformaciones que experimentó a lo largo de su evolución cultural. Por ello no voy a intentar hacer aquí una especie de resumen para evocar sus orígenes, su evolución y sus creaciones más sobresalientes. Basta ahora con notar que Mesoamérica, de modo paralelo a lo que ocurrió en Egipto, en Mesopotamia y en el valle del río Indo y luego en el del río Amarillo en China, fue una civilización originaria, o sea no derivada de otra. De la civilización mesoamericana interesa escoger entre sus múltiples creaciones algunas que tuvieron sobresaliente significación en el tiempo en que se lograron y que a la vez han alcanzado otras formas de presencia y sentido en contextos temporales muy alejados. Al intentar esto debo plantearme desde luego una importante cuestión. ¿En virtud de qué una determinada creación del periodo clásico maya o teotihuacano, al llegar a nuestro presente, ha podido adquirir significaciones que nunca imaginaron quienes, en su pasado, la forjaron? ¿Tales significaciones son acaso meros añadidos, quizás arbitrarios, que pretenden superponerse a lo que existió en su correspondiente presente con sus propios atributos?

Estas preguntas nos llevan a otra de amplias connotaciones epistemológicas en el contexto de la investigación histórica. ¿Cabe tener como futuros del pasado a los significados de que puede ser objeto una creación material o espiritual originada en un contexto temporal o espacial muy diferente y anterior? De esta pregunta se

sigue otra: ¿aceptar que ello es así, lleva acaso a reconocer que existe una relación implícita o manifiesta entre la referida creación originada en un tiempo pasado y los significados que llega a adquirir posteriormente? No puede negarse que quienes produjeron tal objeto o ideas pudieron tener motivos para anticipar que su producción iba a alcanzar determinadas significaciones en tiempos futuros. Ya mencioné el caso de los registros genealógicos de los gobernantes. A su primera y obvia significación de testimonio acerca de tales secuencias, es fácil suponer que se previó su importante papel para dar apoyo y legitimar en el futuro las aspiraciones de quienes se consideraran descendientes de tales gobernantes.

En cambio, hay otras significaciones que de hecho han adquirido algunos de esos registros genealógicos que jamás pudieron ser previstas por quienes los inscribieron. Aduciré sólo un ejemplo de esto. En 1944 Alfonso Caso, que se ocupaba ya en el estudio de varios códices mixtecos, tuvo noticia de la existencia de un mapa en el que se representaban con pinturas y signos glíficos las genealogías de nobles mixtecos de determinados lugares. Ese mapa, elaborado en Teozacualco, Oaxaca, en la segunda mitad del siglo XVI, se deriva de otros documentos más antiguos y fue pintado para proporcionar información requerida por Felipe II. Para Caso, ese registro genealógico resultó de fundamental importancia. En pocas palabras, le permitió correlacionar a los personajes allí representados con algunos de los que aparecían en los códices que él estudiaba. Al identificarlos y ubicarlos en las series de sus linajes, pudo descubrir una cronología que mucho le interesaba. Ella le abrió el camino para establecer una sincronología, es decir una correlación entre los calendarios cristiano y mixteco. Lo dibujado en el mapa de Teozacualco llegó a tener así en un futuro esta significación, del todo imprevisible para quienes lo pintaron.

Son incontables los ejemplos de futuros que cabría aducir del pasado mesoamericano, bien sea los que pudieron ser previsibles como los que fue imposible anticipar. Pensemos en las significaciones que, en diversos tiempos, han ido adquiriendo creaciones como determinadas esculturas de dioses e incluso los códices o libros de pinturas en general. Para quienes en su presente los produjeron, fueron concebidos como imágenes de deidades que debían

venerarse y como libros portadores de una gran variedad de temas: rituales, teológicos, históricos y de otros contenidos.

En tiempos futuros con respecto a ese pasado, por ejemplo recién consumada la Conquista, esas efigies y esos códices fueron vistos como creaciones idolátricas y, por tanto, que merecían ser destruidas. Respecto de los códices, hubo en cambio en el mismo siglo XVI quienes se dolieron de su destrucción, como el dominico fray Diego Durán que declaró que, con su pérdida, quedaron los misioneros “sin lumbré” o sea sin posibilidad de conocer mucho de las antiguas creencias y tradiciones indígenas.

Dando un salto a nuestro propio presente, esas esculturas, códices y otras muchas creaciones, aun cuando se hallen muy dañadas, como los vestigios arqueológicos de templos, palacios y pinturas, adquieren el significado —imprevisible para quienes los crearon— de objetos y monumentos de valor incalculable para conocer las antiguas culturas. Y no sólo esto, en varios casos como los de Teotihuacan, Cholula, Monte Albán, Palenque, Chichén Itzá y Xochicalco, sus impresionantes complejos arqueológicos, por votación unánime en el seno de la UNESCO, han quedado registrados como bienes pertenecientes al patrimonio cultural de la humanidad.

Es cierto que algunos mesoamericanos, entre ellos los mexicas y también algunos mayas, llegaron a pensar que, por sus obras y hazañas bélicas, ocupaban un lugar prominente en su mundo. Recordaré que el célebre Tlacaelel recibió en un texto el calificativo de *in Cemanahuac tepehuani*, “conquistador del mundo”. Sin embargo, a ningún mesoamericano pudo ocurrírsele que sus creaciones serían reconocidas mucho tiempo después por un foro internacional muy importante como patrimonio cultural de la humanidad.

Podría multiplicar los ejemplos que nos ofrece Mesoamérica de adjudicación de significados en tiempos futuros a creaciones del pasado, ilustrando así más ampliamente el tema de que nos ocupamos. Me limitaré ya a unos cuantos señalamientos. Piénsese en casos como los de la apropiación de creaciones prehispánicas para dar sustento y forjar símbolos en México, país ya independiente. Uno, fácil de identificar, es la apropiación del emblema del águila erguida sobre un nopal, que vino a ser elemento central en el escudo nacional. Añadiré que tal apropiación y otras más de raigambre

indígena, del todo imprevisibles en el pasado mexicana, no vinieron acompañadas desgraciadamente por un aprecio efectivo de la presencia de los descendientes de quienes habían forjado ese símbolo.

En este punto tal vez podrá alguien cuestionarme diciéndome que aquí estoy hablando tan sólo de “los usos del pasado”. Reconociendo que en un cierto sentido hay algo de verdad en ello, mi pesquisa va mucho más allá. “Usar el pasado” con determinados propósitos —que pueden ser nacionalistas, demagógicos y otros— no implica desconocer que lo que se ha producido en tiempos pretéritos —objetos tangibles o no— puede adquirir por su propia naturaleza una gama de significaciones en el futuro.

Me atreveré a expresar que precisamente este atributo —la capacidad de ser percibido de múltiples formas y adquirir diferentes significaciones— corresponde en grado eminente a las que se califican de obras clásicas. El *Quijote* de Miguel de Cervantes es magnífico ejemplo de ello. Bibliotecas enteras se han escrito para mostrar mucho de lo que puede significar esta novela. Al decir de ella que es “inmortal” se está afirmando implícitamente que, al ser compuesta en un pasado de principios del siglo XVII, se logró la realidad seminal de la gama siempre creciente de sus interpretaciones. Así, los futuros de ese pasado en que Cervantes escribió el *Quijote* no han sido por lo general fantasías gratuitas sino en muchos casos penetrantes percepciones de lo que tal obra atesoraba.

Lo que aquí he presentado con ribetes de elucubración histórica y un poco filosófica busca poner de relieve dos puntos en particular. Uno es el del papel de quien quiere hacer historia en el contexto inescapable, y en muchos sentidos incomprensible, de un universo siempre cambiante que es el del *tiempo*. Quien desde su inestable presente pretende decir algo sobre el pasado, debe preocuparse por conocer no tanto lo que en ese tiempo ocurrió, sino lo que de ello, como futuro de tal pasado, puede atrapar en su propio contexto. Y, como los posibles futuros de ese pasado son incontables, deberá nuestro historiador abrir bien los ojos y todos sus otros sentidos para no extraviarse inventando futuros que ni ha tenido ni tal vez pueda tener ese pasado.

El otro punto que me interesa destacar se refiere a lo que llamaré las potencialidades semánticas y seminales inherentes a todo



acontecer. Lo que ocurre en nuestro universo temporal, a pesar de su precariedad, no se agota necesariamente en sí mismo. En el *continuum* del tiempo parece que nada sucede que no deje de algún modo una cierta huella por mínima que sea. Por ello, el historiador deberá hurgar en todas las potencialidades semánticas —es decir significativas— del acontecer que le interesa. En su pesquisa bien hará en dar un enfoque diacrónico a su trabajo. Sólo así podrá percatarse, no ya de la plenitud de significaciones de un determinado acontecer, lo que es casi imposible, sino al menos de lo más sobresaliente en él. Su tarea será primero de análisis y a la postre de síntesis.

Vimos al principio que un atributo importantísimo de la conciencia humana es su capacidad de abarcar duraciones en el tiempo. En ello está precisamente la posibilidad de hacer historia en cuanto esfuerzo por conocer algo acerca del pasado. En un cierto sentido, la duración de un pasado significativo abarca muchos futuros y obviamente también muchos presentes. En cada uno de éstos lo que se percibe y expresa será diferente porque justamente son distintos los tiempos en que ello se efectúa. El ejemplo de Mesoamérica es en esto muy elocuente. Pensemos por un momento en los futuros que ha tenido lo que ella fue, cuando ni siquiera fue pensada por alguien con tal nombre como una gran área geográfica de relevante afinidad cultural.

Para nosotros, seres cambiantes y perecederos que vivimos ya en este tercer milenio y precisamente en el mismo ámbito geográfico en que floreció Mesoamérica, ella no es una realidad finiquitada. Mucho de Mesoamérica perdura en nosotros, lo pensemos o no, lo queramos o no. En tal sentido somos nosotros mismos una parte del futuro de Mesoamérica prehispánica. Ella —sin que nadie antes pudiera predecirlo— ha rebasado en mucho sus antiguos límites espaciales. No poco del ser cultural mesoamericano —costumbres, sentido comunitario, elementos de la antigua visión del mundo, dieta alimenticia, farmacología y un enjambre de símbolos—, en conjunción por supuesto con rasgos culturales procedentes de Europa y aun de África y Asia, se ha hecho presente y ha teñido lo que es hoy el norte de México. Más aún, ha penetrado en lo que son los Estados Unidos. De este modo existe ahora lo que fue un

futuro imprevisible de Mesoamérica: mesoamericanizar en parte a muchos millones de mujeres y hombres que viven en territorios de millones de kilómetros cuadrados sin enterarse a veces de esa influencia cultural que se ha integrado a su propio ser.

Que haya futuros del pasado y, si se quiere también pasados del futuro —es decir causas o antecedentes del mismo—, todo ello captado desde presentes que sin cesar cambian, es en fin de cuentas realidad inherente y propia de quienes existimos en el tiempo. Percatándonos de esto, podremos valorar con mucha mayor hondura lo que significa ese atributo maravilloso de nuestra conciencia que nos permite captar duraciones en el tiempo. Aunque esto mismo, por ocurrir desde las miras de presentes siempre cambiantes, con gran frecuencia vuelve muy difícil el oficio de historiador. Deberá éste aplicar su ojo crítico para distinguir entre lo que alcanza a percibir del pasado, que son sus meros vestigios, y lo que puede ser un añadido de su propio presente.

En el fluir del tiempo el historiador tiene que descubrir y asimismo circunscribir distintas duraciones, no obstante que todas son parte del *continuum*, realmente indivisible, del tiempo. Al abarcar duraciones pretéritas en uno o varios presentes, todo historiador, y todos cuantos se acerquen al resultado de sus pesquisas, es decir los lectores de sus obras, nunca podrán establecer contacto directo con un pasado que ya no existe. Su acercamiento será a posibles futuros de ese pasado, esos que como meros vestigios en un aquí y un ahora se proyectan en un presente. Así, el historiador y cuantos se interesen en el resultado de sus investigaciones no podrán escapar jamás de la trama compleja e inexorable de su existir en el tiempo. Tal vez suene esto pesimista en alto grado. Creo al menos que percatarnos de ello nos llevará a ser más humildes y más críticos en nuestro quehacer de habérnoslas con el tiempo.

A la luz de estas ideas y en función de nuestro tema, ya sólo me plantearé una última pregunta con que quiero ejemplificar lo que estoy tratando de exponer. La pregunta es ésta: ¿cuándo comenzó a existir Mesoamérica?, y ¿es que ella ha terminado y, si no, cuándo habrá de concluir? Pienso que es posible responder de varias formas. Una, muy simplista, sería decir que empezó en el periodo que los arqueólogos llaman el Preclásico, o en particular con los olme-



cas, y concluyó con la Conquista o invasión europea. En contraste, y tal vez también en forma simplista, podrían algunos responder que Mesoamérica tuvo unos tiempos formativos que hay que seguir rastreando en ulteriores investigaciones. En cuanto a su término, tal vez podrían añadir, creo que yo lo acabo de hacer, que Mesoamérica ha tenido y tiene futuros imprevisibles. Perdura —si se quiere, con muchas transformaciones, como todo lo que existe— y perdurará verosímilmente en los descendientes de los antiguos mesoamericanos que hoy viven y reclaman el respeto a sus diferencias, las que comprenden sus usos y costumbres, lenguas, territorios y autonomía. Y asimismo, como lo he insinuado, podrán decirnos que Mesoamérica tiñe hoy con su influencia a millones de gentes que viven en regiones muy extensas, más allá de la Mesoamérica original: en el norte de México y en muchos lugares de los Estados Unidos.

Ahora bien, si puede debatirse acerca de los orígenes y término de Mesoamérica, ¿cuál es, entonces, su duración temporal? ¿Qué duración es la que pretenden abarcar los arqueólogos y los historiadores cuando hacen referencia a ella? La cuestión es bastante seria porque, si se desconoce la duración de Mesoamérica, resulta difícil precisar lo que comprende su ser cultural, histórico y geográfico.

En este punto debo manifestar que la duración prevista para estas reflexiones, ha llegado a su término. Tal vez durante el tiempo en que las he desarrollado me he metido en un berenjenal. Por ello pido perdón a ustedes ya que los he distraído de la percepción de otras duraciones posiblemente más interesantes. La causa de todo me parece que se halla, en última instancia, en que hemos estado en forcejeo con el tema del Tiempo, cuando a ciencia cierta no sabemos qué significa existir en el tiempo.



